

¿ como es posible que este tenga tanto partido , y que este partido insulte al reducido número de los fieles verdaderos ? ¿ A qué fin tantas condescendencias , tantos rodeos , tantas dudas , tantas consultas sobre el Señor á quien se ha de servir ? *Si Baal te crió (dice el Profeta) , si es el dios á quien adoras , síguete , y no sirvas á otro dueño ; pero si el Señor es tu Dios , declárate por él descubiertamente .* ¿ Qué hay que consultar , ni qué deliberar en seguirle ? Reflexiona con madurez estas importantes verdades . Declárate por Dios á cara descubierta ; y sea tu respéto , tu modestia , tu compostura , tu devocion en el templo ; sean en todas ocasiones tus palabras , tus máximas , tus dictámenes y toda tu conducta , una prueba pública y notoria de que eres de los discípulos de Cristo , y no de los esclavos del mundo .

2 Considera los bienes de este mundo como si fueras un mero depositario , un mero administrador de ellos con obligacion de dejárselos á tus herederos : cuida de ellos , adminístralos bien ; pero no pegues á ellos tu corazon . A las honras que el mundo hace , considéralas como obsequio que se tributa á la dignidad y no á la persona . Por lo que toca á los deleites , pocos hay que no estén llenos de vengeno : huye de ellos con el mayor cuidado , y admite únicamente aquellos de que nunca te debas arrepentir .

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

SAN PEDRO DE ALCÁNTARA, confesor, del orden de Menores, en Arenas villa de España; el cual por su maravillosa penitencia y muchos milagros, fué canonizado por el papa Clemente IX. (*Véase su vida hoy.*)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES TOLOMEO Y LUCIO, en Roma, en tiempo de Marco Antonino; el primero de los cuales, segun escribe S. Justino mártir, habiendo convertido á una mujer impúdica á la fe de Cristo, y enseñádola á vivir castamente, fué acusado por su malvado marido ante Urbicio prefecto; tuviéronle largo tiempo padeciéndolo entre la inmundicia de la cárcel, y por último como perseverase dando público testimonio de la doctrina de Cristo, le martirizaron. Lucio tambien como desaprobábase la sentencia de Urbicio, y confesase valerosamente que era cristiano, fué igualmente martirizado. Juntamente con estos dos, fué martirizado asimismo otro Santo.

LOS SANTOS MÁRTIRES VERÓNICO, Y PELAGIA Ó PELAYA, virgen, con otros CUARENTA Y NUEVE, en Antioquia.

SAN VABO, soldado, en Egipto; el cual en tiempo del emperador Maximiano visitando siete santos monges que estaban presos, y lle-

vándoles de comer, hallando muerto á uno de ellos se puso en su lugar, y sufriendo en compañía de los otros muy crueles tormentos, consiguió la palma del martirio.

SAN AQUILINO, obispo y confesor, en Evreux.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN VERANO, obispo, en la diócesis de Orleans.

SAN EUSTERIO, obispo, en Salerno.

SAN ETHBINO (ó EGBINO), abad, en Hibernia. (Vivió por espacio de veinte años en una celda que él mismo se había fabricado en medio de un bosque en Irlanda. Fué famoso por sus austeridades y milagros, y murió á fines del siglo VI.)

SANTA FREDESWINDA, virgen, en Oxford en Inglaterra. (Esta Santa fué honrada en Oxford como patrona de la ciudad y de su universidad. Era hija de Didan príncipe de Oxford y territorio adyacente. Habiendo dedicado su virginidad á Dios en el estado monástico, Algar príncipe de Mercia, prendado de su belleza, determinó robarla. La Santa burló sus asechanzas escondiéndose, y se dice que el príncipe quedó milagrosamente ciego al entrar en la ciudad, y luego recobró la vista con su arrepentimiento y á intercesion de la Santa. Murió antes del siglo VIII, esclarecida con muchos milagros, y la iglesia en que fué sepultada se hizo famosa por el tesoro de sus reliquias.)

SAN PEDRO DE ALCÁNTARA, CONFESOR.

SAN Pedro de Alcántara, tan célebre en toda la Iglesia por el sublime don de oracion á que el Señor le elevó, y por el rigor de sus asombrosas penitencias, de que nos dejó tan admirables ejemplos, nació el año de 1499 en la villa de Alcántara, pueblo poco numeroso de la provincia de Estremadura en España, que comunicó su nombre á nuestro Santo, sirviéndole de apellido. Fué su padre D. Alfonso Garavito, hábil jurisconsulto y corregidor de la misma villa; su madre D.^a Maria Vilella de Sanabria; los dos de muy antigua y calificada nobleza, y uno y otro de una virtud tan sólida como ejemplar. Considerando ambos como una de las mas esenciales obligaciones de los padres la cristiana educacion de sus hijos, se dedicaron á criar á Pedro en el temor santo de Dios, con tanto mayor gusto y con tanto mayor consuelo, cuanto desde luego descubrieron en el niño una bellísima índole y unas inclinaciones, por decirlo así, naturalmente cristianas. Anticipóse á la razon la devocion, previniéndole la gracia tan extraordinariamente, que se halló dotado del don de oracion aun antes de tener edad para saber hacerla. Ora estuviere en la iglesia, ora en casa, siempre se le veia orando, siendo la oracion el único entretenimiento de su niñez; presagio cierto de la eminente santidad á que arribó con el tiempo.



S. PEDRO DE ALCANTARA

Son los estudios ordinario escollo de la juventud; pero la virtud de Pedro de Alcántara se perfeccionó en ellos, resplandeciendo más el candor de su inocencia. Ibase haciendo mas santo al paso que se iba haciendo mas sabio en las letras humanas y en la filosofía. Enviáronle á Salamanca á estudiar el derecho canónico; y allí entabló una vida tan arreglada, distribuyendo las horas en la iglesia, en las escuelas, en el hospital y en su estudio, que los maestros de la universidad le proponian á los demás profesores por modelo de virtud, de aplicacion y de aprovechamiento. Vuelto á Alcántara, hizo cuanto pudo el enemigo de la salvacion para manchar su inocencia y para derribar su virtud. Hallándose en una edad donde todo es tentacion, jóven, bien dispuesto, lleno de vivacidad y de fuego, conoció el peligro, descubrió al enemigo, y tomó las armas contra él, recurriendo á la oracion, á la frecuencia de sacramentos, á la devocion de la santísima Virgen, á la fuga de las ocasiones; pero singularmente al ejercicio de la mas rigurosa penitencia. Cesó la tentacion de la carne; pero entró á relevarla la de la ambicion. Todo concurría á lisonjear sus esperanzas con la gran fortuna que se podía prometer, ya en la profesion de las letras, ya en el ejercicio de los primeros cargos; pero hizole Dios la merced de que descubriese el artificio del enemigo, y de que le venciese; porque conociendo que el mundo estaba lleno de escollos, determinó refugiarse al asilo de la religion. Escogió la del seráfico padre S. Francisco, y tomó el hábito en el convento de Manjarrez, sito en una áspera montaña. Quiso el Señor autorizar la resolucion del santo jóven con un insigne milagro; porque no encontrando barca para pasar el rio Tera, se halló de repente á la otra orilla por ministerio de un ángel.

Tenia solo diez y seis años cuando entró en el noviciado, y en menos de seis meses mereció que le propusiesen á los demás como verdadero modelo de la perfeccion religiosa. Sobre todo, asombró su mortificacion á los profesos mas antiguos. Comia poquisimo, y apenas dormía nada; ninguna dificultad encontraba en las mas rigurosas penitencias. Era muy ingenioso el amor que tenia á las humillaciones; inventando cada día nuevos modos, nuevas industrias para ser menospreciado, y siendo este el mayor objeto de sus ansias. Hallaba sus mayores delicias en la mas estrecha pobreza, no pareciendo posible desasimiento mas absoluto de todo. Unido continuamente á su Dios, ninguna cosa era capaz de distraerle; siendo sucesivamente sacristan, portero, refitolero y despensero, cumplia exactamente con todos estos oficios, y añadía de supererogacion los mas bajos, los mas

humildes y los mas repugnantes de la comunidad, superando su fervor á todos ellos.

El pacto que habia hecho con sus ojos, no se limitaba precisamente á las personas de otro sexo; se puede decir que se extendía á cualquiera objeto que no fuese absolutamente indispensable. Toda la vida anduvo con los ojos bajos; de manera, que nunca supo si el coro ó el dormitorio eran de bóvedas, ni de qué materia era el techo de su celda. A los religiosos del convento solamente los conocia por la voz, y á fuerza de mortificar sus sentidos habia perdido el uso de ellos.

Pocos meses despues de su profesion le envió la obediencia á un convento muy solitario, y allí fabricó una celda, que lo era solo en el nombre; pero parecia sepultura en la realidad. En ella dió principio á aquel ejercicio de penitencia, que verdaderamente horroriza, y apenas se haria creible si no le autorizara el testimonio de la bula de su canonizacion. Su ayuno era continuo: comia una sola vez de tercer en tercer dia, y algunas se pasaban ocho dias enteros sin tomar alimento. Dos veces al dia despedazaba cruelmente su cuerpo con unas disciplinas de hierro: traía continuamente á raiz de las carnes un cilicio de alambre en figura de rallo, cuyas agudas puntas por la parte de adentro no solo le penetraban la piel, sino que le renovaban sin cesar las llagas que le habia hecho la disciplina. Aunque su comida se reducía á unas pobres legumbres sin condimento, y lo mas ordinario á un zoquete de pan duro, le bastaba sentir algun gusto en lo que comia para desazonarlo al instante, mezclándolo con ceniza. Pero lo que mas le costó (como él mismo lo confesó despues á Sta. Teresa) fué vencer el sueño. Esta era la pension de la vida que se le hacia mas insoportable; porque decia que solo el sueño nos priva de la presencia de Dios, lo que no hacia ni aun la misma muerte. Dormía no mas que hora y media, y por espacio de cuarenta años lo hacia ó de rodillas, ó medio en pié, arrimando la cabeza á la pared. Lo restante de la noche lo pasaba en oracion, añadiendo siempre á ella alguna nueva penitencia. Era su celda tan baja, tan estrecha y tan corta, que no podía estar en ella en pié, ni tendido á lo largo. Gustábale mucho la mortificacion, ocasionada por las incomodidades que trae consigo la variedad de los tiempos y de las estaciones del año. Es siempre muy rígido el invierno en aquella sierra donde estaba el convento, y en lo mas riguroso de él dejaba abierta la ventana de la celda. Andaba de continuo con los pies descalzos, y siempre con la cabeza descubierta, por respeto (como decia el mismo Santo) á la presencia de Dios que está en todas partes. Bien se

puede asegurar que ninguno le escedió en la mortificacion, y así parecia un esqueleto animado. Es verdad que le desquitaban ventajosamente de la continua violencia que se hacia los celestiales consuelos con que sin cesar inundaba el Señor á su purísima alma. Pocos santos se han visto que hubiesen sido elevados á mas sublime don de oracion. Era esta un éstasis casi continuo, comunicándosele Dios en ella estraordinariamente, y dándole á gustar con anticipacion las delicias de la gloria.

No era razon que estuviere debajo del celemin tan sobresaliente virtud; por lo que á los veinte años de su edad, y antes de poder recibir los sagrados órdenes, le hicieron los superiores guardian de Badajoz. No fué esta la menor mortificacion para un hombre tan humilde. Como era el mas mozo de todos sus súbditos, le pareció que solo le habian hecho superior para servirlos á todos; lo que fácilmente se conoció por lo que se le vio hacer durante su guardiania, de cuya autoridad solo se valió para reservarse á sí todos los oficios mas bajos, mas humildes y mas trabajosos del convento. Luego que entró en los veinte y cuatro años le mandaron los prelados que se dispusiese á recibir los sagrados órdenes. Hasta allí habia sido ángel en la pureza de sus costumbres y en todo el tenor de su vida; pero en el altar fué un abrasado serafin. Mostrábalo en él, saliéndole al semblante aquel divino fuego en que ardía su corazon; y las copiosas lágrimas con que regaba el altar, eran buen indicio de las llamas en que le abrasaba su amor. Un año despues le hicieron guardian del convento de nuestra Señora de los Angeles; en cuyo empleo no halló otro atractivo que la situacion del convento, la mas fria de toda España; ofreciéndole los hielos, las nieves y las ventiscas muchas penitentes industrias para saciar la hambre que tenia de padecer.

Por el zelo de la salvacion de las almas, inseparable de la verdadera caridad, aceptó el ministerio de la predicacion. Ningun predicador hizo mas fruto. Sobre el talento natural y un fondo de sabiduria enriquecido con aquellas superiores luces que eran fruto de su íntima comunicacion con Dios, y nunca lo pueden ser del estudio, bastaba sola su vista para ablandar los corazones mas endurecidos. Convertia solo con dejarse ver; por eso se veian muchas veces los mas insignes pecadores interrumpirle sus sermones con lágrimas y dolorosos gemidos. En medio de su empleo de superior, corrió muchos obispados, haciendo en todas partes inmenso fruto, y renovando en todas el espíritu de penitencia.

No obstante, siempre le tiraba la inclinacion al retiro, que

era, digámoslo así, la pasion dominante de nuestro Santo; y en virtud de ella suplicó á los superiores le destinasen á algun convento separado de toda comunicacion con los seglares. Por darle gusto le hicieron guardian de S. Onofre de la Lapa, situado en un horroroso desierto, y aquí fué donde compuso el tratado de *la Oracion y de la Contemplacion*; tan universalmente estimado, y que mereció tantos elogios á Sta. Teresa, á Fr. Luis de Granada, á S. Francisco de Sales, y sobre todo al papa Gregorio XV, habiéndole compuesto por complacer á un amigo suyo que le rogó le diese por escrito las reglas para tener bien oracion, lo que tantas veces le habia explicado verbalmente. Apenas salió de sus manos aquella obra, cuando se estendió por toda España, y se vió andar en las de todos, con tanta reputacion de nuestro Santo, que los pueblos clamaban á porfía por él, ansiosos de oir de su boca las verdades de la salvacion. Particularmente el rey de Portugal D. Juan el III hizo tantas instancias con los superiores para ver en su corte á aquel gran siervo de Dios, que á pesar de todas las razones que alegó, se vió precisado á emprender aquel viaje. Hizole á pié y descalzo como acostumbra, y no es fácil esplicar el mucho bien que hizo en aquella corte. Viéronse en ella algunos de los mas grandes señores renunciar el mundo, y buscar en las mas austeras religiones camino seguro y compendioso para su salvacion. La infanta D.^a María, hermana del rey, no contenta con desterrar de su persona y de su cuarto todo lo que olía á espíritu de mundo, galas magníficas, muebles suntuosos y profanas diversiones, se consagró totalmente á Dios con los tres votos de religion por consejo de nuestro Santo. El infante don Luis, hermano de la misma princesa, fundó el convento de Salvatierra, y se encerró en él, pasando el resto de sus dias en todos los ejercicios religiosos, con tan fervorosa devocion, que fué el ejemplo de todo el reino. Hizose cuanto se pudo para detenerle en Portugal; pero teniale destinado la divina Providencia para la reforma de su orden. Despues de haber sosegado con su presencia y con sus prudentes oficios las turbaciones que se suscitaron en Alcántara, le llegó el aviso de que su provincia le habia nombrado por provincial. En vano pretendió escusarse alegando que no tenia cuarenta años; ninguno le tuvo por demasiadamente mozo para el empleo. Obligáronle á aceptar el empleo, el que desempeñó con tanto acierto como pudiera el hombre mas experimentado. Valióse de esta nueva autoridad para introducir en su provincia ciertas reglas que solo el concepto de su virtud pudo lograr que fuesen aceptadas y recibidas; pero su grande obra era la reforma de la orden que habia tiempo andaba meditando.

Emprendióla movido del ardiente deseo que muy de antemano le habia inspirado el Señor de ver resucitado en su primer vigor el primitivo espíritu de la regla de S. Francisco. No ignoraba que era asunto mas arduo reformar una religion, que fundarla; pero atropelló por todas las dificultades, persuadido á que era Dios el autor de aquel intento. Habiéndosele agregado algunos religiosos de los mas virtuosos y ejemplares, fué á echar los primeros cimientos de la provincia reformada en la Arravida en Portugal, cerca de la embocadura del Tajo. Es la Arravida una fragosa y continuada sierra; y esto era justamente lo que buscaba nuestro Pedro. Ayudado con las limosnas y con la autoridad del duque de Aveyro, levantó en ella un convento, cuyas celdas, por la mayor parte, se fabricaron en las cavernas de los peñascos; y este fué el principio de aquella célebre reforma, que resucitando el espíritu de mortificacion y de extrema pobreza que profesó el seráfico padre S. Francisco, da á la Iglesia una nueva familia de ángeles mortales, cuyo espíritu de soledad, de devoción, de penitencia y de todo lo mas perfecto que enseña la religion, es aun el dia de hoy objeto de admiracion y de veneracion á todos los fieles. El año de 1554 tuvo principio esta reforma, para cuyas alabanzas no encontraba espresiones correspondientes la seráfica madre Sta. Teresa, y cuyas reglas confirmó por breve espreso y particular el papa Julio III. El obispo de Coria cedió á nuestro Santo una ermita dentro de su obispado, en la cual estuvo algun tiempo con un solo compañero, esparcidos los demás por varias partes á violencia de la tempestad que suscitó el infierno contra aquella grande obra. Desde allí emprendió Pedro el viaje de Roma, haciéndole todo á pié descalzo y con la cabeza descubierta, como acostumbraba. Obtuvo segundo breve del papa, y letras patentes de su general para fundar nuevos conventos segun la estrecha reforma. Volvió á España, y fundó uno en el Pedroso, tan reducido y tan estrecho, que mas parecia fábrica de sepulturas que de celdas. La que escogió para sí, como prelado, era de las mismas dimensiones que las de otras partes, tan baja, tan angosta y tan corta, que no podia estar en ella sino de rodillas, encorvado, ó en otra molesta postura.

Creciendo cada dia la reputacion de nuestro Santo, apenas hubo en aquel tiempo persona de virtud sobresaliente que no solicitase su correspondencia, ó por lo menos tener parte en sus oraciones. Santa Teresa le consultaba en lo que se le ofrecia. San Francisco de Borja estrechó una fina amistad con aquel gran siervo de Dios, y en toda España resonaba con admiracion el nombre de Fr. Pedro de Alcántara. Cuando el emperador Cár-

los V estaba meditando su retiro al monasterio de Yuste, resolvió tomarle por su confesor; pero el Santo se escusó con tan buenas razones, que el emperador se rindió á ellas. Mas eficaz fué su general. Nombróle comisario general de España para la reforma; cuyo empleo desempeñó con tanta felicidad, que tuvo el consuelo de recibir dos breves del papa Paulo IV confirmando su instituto, y el de ver en menos de seis años fundados nueve conventos.

Habia tiempo que S. Pedro de Alcántara vivia, digámoslo así, de milagro. Estenuado al rigor de sus escesivas penitencias, consumido con sus grandes trabajos, y exhausto á fuerza de tan penosos ejercicios, cayó gravemente enfermo; y sabiendo bien que se acercaba su última hora se hizo llevar al convento de Arenas. Recibió luego los sacramentos, y poco tiempo despues entró en un dulcísimo éstasis. Apareciósele la santísima Virgen, acompañada de S. Juan Evangelista, y le aseguró de su eterna bienaventuranza, pronunciando entonces él mismo aquellas palabras del salmo 121: *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi; in domum Domini ibimus*: me he llenado de alegría sabiendo que he de ir á la casa del Señor, le entregó dulcemente su alma el dia 18 de octubre del año de 1562, á los sesenta y tres de su edad y cuarenta y siete de su vida religiosa.

Desde el mismo punto en que murió, manifestó Dios la gloria de su siervo con muchos milagros. Luego que espiró se apareció á Sta. Teresa rodeado de resplandor, y la dijo estas bellas palabras: *¡O dichosa, ó dulce penitencia que me ha merecido tanta gloria!* Fué enterrado su santo cuerpo en la iglesia de Arenas, donde continuamente está Dios haciendo glorioso su sepulcro por los milagros que obra cada dia. El papa Gregorio XV le beatificó solemnemente el año de 1622, y el de 1669 le canonizó Clemente IX fijando su fiesta al dia 19 de octubre.

Siendo tan glorioso para nuestro Santo lo que escribe de él Sta. Teresa en el capítulo 27 de su vida, no es razon que se omita en este breve compendio.

«¡ Y qué bueno nos le llevó Dios ahora (dice la Santa) en el bendito Fr. Pedro de Alcántara! No está ya el mundo para sufrir tanta perfeccion: dicen que están las saludes mas flacas, y que no son los tiempos pasados. Este santo hombre de este tiempo era, estaba grueso el espíritu como en los otros tiempos... Paréceme fueron cuarenta años los que me dijo habia dormido solo hora y media entre noche y dia, y que este era el mayor trabajo de penitencia que habia tenido en los principios el vencer el sueño, y para esto estaba siempre de rodillas ó

en pié. Lo que dormía era sentado, la cabeza arrimada á un maderillo que tenía hincado en la pared... En todos estos años jamás se puso la capilla por grandes soles y aguas que hiciese, ni cosa en los pies, ni vestido, sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y un mantillo de lo mismo encima. Decíame que en los grandes frios se le quitaba, y dejaba abierta la puerta y ventanilla de la celda, para que con ponerse despues el manto, y cerrar la puerta, contentase al cuerpo para que sosegase con mas abrigo. Comer á tercero dia era muy ordinario... Un su compañero me dijo, que le acaecia estar ocho dias sin comer. Debía estar amando en oracion, porque tenía grandes arrobamientos, é ímpetus de amor de Dios, de que una vez fui yo testigo. Su pobreza era tan estrema y tanta mortificación en la mocedad, que me dijo le habia acaecido estar tres años en una casa de su orden, y no conocer fraile, sino era por la habla, porque no alzaba los ojos jamás. A mujeres jamás miraba... Era muy viejo cuando le vine á conocer, y tan estrema su flaqueza, que no parecia sino hecho de raices de árboles. Con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras, sino era con preguntarle; en estas era muy sabroso, porque tenía muy lindo entendimiento. Fué su fin como la vida, predicando y amonestando á sus frailes... Despues ha sido el Señor servido que yo tenga mas consuelo en él que en la vida, aconsejándome en muchas cosas. Hele visto muchas veces con grandísima gloria. Díjome la primera vez que me apareció: «Qué bienaventurada penitencia que tanto premio habia merecido!» Esto es lo que escribe Sta. Teresa de este gran Santo.

Nota del Traductor.

«Las palabras del original francés suenan como si fuesen las formales de la Santa; pero el que las cotejare con las referidas, que son las mismas de la seráfica madre, reconocerá que la version francesa no fué la mas exacta. Por esta razon me aparté de ella, y copié el texto de su lengua original. Tambien hay en el francés la equivocacion de citar el capitulo diez y siete por el veinte y siete en la vida de la Santa.»

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente:

O Dios, que te dignaste ilustrar al bienaventurado Pedro con el don de una altísima contemplacion, y con el de una admirable penitencia; tu confesor con el don de una suplicámoste nos concedás por

su intercesion y por sus merecimientos, que mortifiquemos nuestros sentidos, para comprender mas fácilmente las cosas celestiales. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 5 de S. Pablo á los filipenses.

Hermanos: Lo que antes tuve por ganancia, lo he reputado ya por pérdida, por amor de Cristo. Antes bien, juzgo que todas las cosas son pérdida en comparacion de la alta ciencia de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he renunciado todas las cosas, y las tengo por estiércol, para ganar á Cristo, y ser hallado en él; no teniendo aquella propia justicia que viene de la ley, sino aquella justicia que nace de la fe en Jesucristo, aquella justicia que viene de Dios por la fe; para conocer á Jesucristo, y el poder de su resurreccion, y la participacion de sus tormentos, copiando en mí la imágen de su muerte; á fin de llegar, de cualquier modo que sea, á la resurreccion de los muertos. No porque lo haya conseguido, ó sea ya perfecto; sino que camino para llegar de algun modo adonde me ha destinado Jesucristo cuando me tomó para sí.

REFLEXIONES.

Por amor de Jesucristo reputé por perjudicial lo que parecia ventajoso para mí. ¡Qué poco usado es el dia de hoy este lenguaje! ¡qué pocos hablan así! Sin embargo, este fué el testimonio que los discípulos del Salvador del mundo le pudieron dar de su fidelidad. ¿Somos nosotros discípulos de Jesucristo? ¿reconoceráanos por tales este divino Maestro? ¿vestimos su librea? ¿Y no tendrá el mundo algun derecho para reclamarnos por suyos? ¿cuales son nuestras máximas sobre el menosprecio de las honras, sobre la inutilidad de los pasatiempos, sobre la inconstancia de los bienes criados, sobre el vencimiento de las pasiones, sobre la verdad, sobre la importancia de la doctrina del Evangelio? Renunciamos en el bautismo, por boca de nuestro padrino, las pompas y vanidades del mundo: ¿hemos ratificado despues esta solemne y sagrada renuncia que se hizo entonces en nuestro nombre? ¿ó no es verdad que nuestra conducta desmiente á nuestra fe? ¿acreditan nuestras costumbres aquello mismo que creemos? ¿honran mucho nuestra religion? ¿somos cristianos? Jesucristo es nuestro Dios, nuestro legislador, nuestra cabeza, nuestro maestro, nuestra guia; ¿pues en qué consistirá que sean me-

nester tantas reflexiones para determinarnos á creerle, á obedecerle, á imitarle y á seguirle? ¿En qué consistirá que siempre le sigamos con violencia, ó á lo menos con flojedad y con disgusto? ¿es posible que unas reflexiones tan convincentes no nos hagan fuerza, que no nos aterren? Pero y bien; ¿de quién somos discípulos? ¡Mi Dios! ¿qué tendríamos que responder, qué pensaríamos si en este mismo punto fuéramos llamados á daros cuenta de nuestra conducta, á daros razon de los dias que os habíamos seguido? No, no nos costaria tanto dolor si la hubiéramos de dar de los dias que sacrificamos al mundo y á sus falsos pasatiempos. Si el juicio se hubiera de arreglar por nuestro modo de discurrir, ¿á cuál de los dos se diria que habíamos escogido por amo y por maestro? ¡Cosa estraña! no hay cosa mas sabia ni mas santa que la doctrina de Jesucristo: su escuela es la escuela de la salvacion, y todos nos gloriamos de haber sido educados en ella. ¡Pero buen Dios! ¿qué progresos hemos hecho en esta escuela? ¿y qué progresos no hemos hecho en la del mundo, sin embargo de ser tan pernicioso todo cuanto esta enseña, y que algun dia ha de ser materia desesperada de un eterno, pero inútil arrepentimiento? Es preciso confesar que nuestra conducta es un caos, es verdaderamente un espantoso misterio.

El Evangelio es del cap. 12 de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus que no envejecen, un tesoro á sus discípulos: No temais, pe- en los cielos que no mengua, queña grey, porque vuestro adonde no llega el ladron ni la Padre ha tenido á bien daros polilla le roe. Porque donde el reino. Vended lo que teneis, está vuestro tesoro, allí estará y dad limosna. Haced bolsillos tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

De la suavidad del yugo de Jesucristo.

PUNTO PRIMERO. — Considera que solo por amar á Jesucristo se hará fácil y suave todo lo que en su servicio se representa duro y muy dificultoso. A esto se redujo todo el secreto de los santos. Este amor les hizo tan fáciles, no solamente los preceptos, sino tambien los consejos, experimentando grandes consuelos en el penoso ejercicio de la mas rigurosa penitencia. Buen ejemplo nos dejó de esto el admirable S. Pedro de Alcántara. Hace Dios muy amable su yugo, endulzándole con el yugo interior de la justicia

y de la caridad. Derrama sus castas delicias en la práctica de las virtudes: pone tedio y amargura en los falsos gustos de los sentidos: sostiene al hombre contra el hombre mismo; arráncale, por decirlo así, de su propia corrupcion, y le hace fuerte á pesar de su natural flaqueza. ¡Mi Dios! ¿qué es lo que tememos? Dejemos obrar á Dios; entreguémonos á él. Bien puede ser que padezcamos; pero padeceremos con alegría, padeceremos con paz, padeceremos con consuelo. Combatiremos, es verdad; pero conseguiremos la victoria, pero triunfaremos, y despues de haber combatido, el mismo Dios nos pondrá con su propia mano la corona. Llorarás; pero serán dulces tus lágrimas, y el mismo Dios acudirá á enjugártelas. Entrarás en una especie de libertad verdaderamente nueva y desconocida del mundo. ¡Ah, y qué desdicha! Negámonos á Dios, que solo nos pretende para salvarnos; y entregámonos al mundo, que solo nos solicita para tiranizarnos y para perdersnos. ¡Oh mi Dios, librame de esta funesta esclavitud! Solo sirviéndoos á vos podré ser libre; sola vuestra bondad, solo vuestro puro amor me podrá poner en libertad. Ninguno es verdaderamente libre sino el que se dedica á vuestro servicio; serviros á vos es reinar.

PUNTO SEGUNDO. — Considera cuánta es la ceguedad de aquellos que temen empeñarse demasiado en el amor de Dios. Engolfémonos en él: cuanto mas se le ama, mas ansiosamente se apetece todo lo que quisiere que hagamos. Este amor es el que nos consuela en nuestras desgracias, el que endulza nuestros trabajos, el que nos hace encontrar en ellos una especie de sabrosa suavidad que no puede comprender el que nunca la gustó. Este amor es el que desprende nuestro corazon de todo amor peligroso, el que nos preserva de mil pasiones, el que nos hace descubrir cierta misericordia benéfica en medio de los males que padecemos, el que en la hora de la muerte nos pone á la vista una gloria, una felicidad eterna. Este amor es en fin, el que convierte en bienes todos nuestros males. ¿Pues cómo podemos temer empeñarnos en él demasiadamente? ¿acaso tememos ser demasiadamente felices, librarnos demasiadamente de nosotros mismos? ¿Pues en qué nos detenemos para arrojarnos con plena confianza en los brazos del Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo? El nos amará, y nosotros le amaremos. Creciendo cada dia su amor, él solo nos valdrá por todo lo demás. El llenará nuestro corazon, y solo nos hará menospreciar á este mundo, digno ya de nuestro desprecio desde que le miramos con ojos verdaderamente cristianos; de nada nos privará sino de

aquello que nos hace desgraciados; nada nos obligará á hacer sino aquello mismo que hacemos todos los dias. Aquellas mismas acciones mas ordinarias y mas racionales que hacemos mal, porque no las hacemos por él, hará que las hagamos bien, haciéndolas por obedecerle; hasta las menores obras de una vida sencilla y comun todas se convertirán en meritorias; todas se convertirán en paz, en consuelo, en obras dignas de premio: veremos venir la muerte con una segura tranquilidad, porque será para nosotros principio de la vida eterna; y en lugar de despojarnos de todo, de todo nos vestirá, como dice S. Pablo. ¡O qué amable es la religion! ¡oh, y qué ignorantes somos nosotros en hacernos voluntariamente miserables, no amando una religion tan amable!

Esto es hecho, Señor; ya no quiero amar otra cosa que á vos. Amaros á vos con ternura, es amarme verdaderamente á mí. ¡O qué dulce, ó qué santo, ó qué justo amor! Vuestro amor, Dios mío; convierte la mansion de esta miserable vida en una copia abreviada de la feliz estancia de los bienaventurados. Dadme este vuestro amor por vuestro divino amor. Así os lo suplico.

JACULATORIAS. — ¿Quién me podrá jamás apartar del amor de mi Señor Jesucristo? (*Rom. 8.*)

Seguro estoy de que ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo futuro, ni otra alguna criatura, me podrá nunca apartar del amor de Dios, fundado en nuestro Señor Jesucristo. (*Rom. 8.*)

PROPOSITOS.

1 De ninguna cosa se forman en el mundo ideas mas desaceratadas que de la virtud. Representase como un país sembrado todo de espinas y de cambrones; se figuran monstruos los mas despreciables tropiezos; todos los retratos que se hacen de ella aterran y retraen; parece que todos se complacen en pintarla llena de fealdad y de horror. A solo el nombre, á solo el pensamiento de vida cristiana y de devocion se alborotan todas las pasiones, y se ponen en arma los sentidos. Destierra desde hoy todas esas falsas preocupaciones, tan injuriosas al Dios á quien servimos, tan contrarias á la religion que profesamos, y tan opuestas al Evangelio que creemos. Cuando se te ofrezcan á la imaginacion esos quiméricos fantasmones; cuando tu amor propio te abultare esas imaginarias dificultades, oye la voz de Jesucristo, que dice: *Mi yugo es suave, y mi carga es ligera*, y preguntate á tí mismo: mi amor propio me dice que este yugo es

pesado y amargo; ¿cuál de los dos se engañará? Todos los santos, todos los que le han llevado nos aseguran que es muy dulce. ¿Se habrán conjurado todos los santos para engañarnos á los demás? Luego la única que se engaña es mi imaginacion, es mi amor propio.

2 Acuérdate de aquellos dias de devocion, de observancia y de fervor en que á tí mismo te parecia tan llevadero, tan fácil y tan suave el servicio de Dios; de aquellos dias en que cautivado de aquella paz del corazon que gozabas, de aquella dulce confianza que todo te lo allanaba, solo pensabas en añadir á este yugo nuevas penitencias, nuevas mortificaciones. De aqui inferirás que si hoy se te hace cuesta arriba, nace precisamente de tu tibieza y de tu desórden. Vuelve á tu antiguo fervor, y gustarás la misma dulzura, experimentando la misma confianza. No has de hacer juicio de lo que pesan las cruces sino en aquel tiempo en que las llevas con aliento y con fervor.

DIA XX.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN MÁXIMO, diácono y mártir, en Forcone junto á Aquila en el Abruzzo (por los años de 250, imperando Diocleciano.) Por el deseo que tenia de padecer, se descubrió á los perseguidores, y despues de una constante y gloriosa confesion, fue estirado y atormentado en el potro, luego apaleado, y por último habiéndole precipitado desde una grande altura, durmió gloriosamente en el Señor.

SAN CAPRASIO, mártir, en Agen en Francia; el cual habiéndose escondido en una cueva huyendo de la persecucion, como llegase á su noticia la fortaleza con que Sta. Fe, virgen, padecia por Cristo, animándose él á la misma pelea, pidió al Señor que si le juzgaba digno de la gloria del martirio, hiciese salir agua clara de la peña de su cueva; y obrando Dios aquel milagro, se fué seguro al campo de batalla, en donde combatiendo generosamente mereció la palma del martirio en tiempo de Maximiano. (*Véase la historia de Sta. Fe en las del dia 6 de este mes.*)

SAN ARTEMIO, capitan general, en Antioquia; el cual habiendo obtenido los primeros empleos en la milicia en tiempo de Constantino Magno, por orden de Juliano Apóstata, á quien habia reprendido por la crueldad que usaba contra los cristianos, fué primeramente apaleado, y atormentado con otras penas, y por último degollado.

EL MARTIRIO DE LAS SANTAS VIRGENES MARTA Y SAULA, CON OTRAS MUCHAS, en Colonia. (Natal Alejandro y los autores del nuevo Breviario)